





**HISTORIA VERDADERA.**  
DEL CONDE  
**FERNAN-GONZALEZ,**  
Y SU ESPOSA LA CONDESA  
**DOÑA SANCHA.**

SACADA FIELMENTE DE LOS AUTORES MAS  
clasicos de la Historia de España, como el Arzobispo Don Rodrigo,  
el Padre Mariana, Yllescas, Berganza, y la Historia Gotica,  
con otros muchos Historiadores.

*SU AUTOR DON HILARIO SANTOS ALONSO.*

---

*Con licencia.* BARCELONA: POR CARLOS SAPERA, y P.<sup>o</sup>  
Calle den Bot. Año 1774.



HISTORIA VERDADERA

DEL CONDE

FERNAN GONZALEZ

Y SU ESPOSA LA CONDESA

DOÑA SANCHA

ENCADADA FIELMENTE DE LOS AUTORES MAS  
CLASICOS de la Historia de España, como el Arxobispo Don Rodrigo  
el Padre Mariana, Yllustras, Berganza, y la Historia General  
con otros muchos Historiadores

EL AUTOR DON BENITO SANTOS ALONSO

---

En la Ciudad de Barcelona, por Esteban Sureda, y P.  
Calle don San Año 1774

## RESUMEN DE LA HISTORIA.

**ORIGEN, Y DESCENDENCIA DEL CONDE FERNAN-Gonzalez.** Lozanas, y esfuerzos de su juventud. Batalla famosa que venció à los Moros junto à Simancas. Novedades maravillosas que ocurrieron antes de dar la batalla. Sucesos singulares de ella. Exime el Conde à Castilla del vassallage à los Reyes de Leon, y cómo? Batalla que dió, y venció à los Navarros. Encuéntrase en ella con el Rey Don Sancho Abarca, y peleando los dos, le mata. Viene el Conde de Tolosa à su defensa, y tambien le mata. Trátase casar con Doña Sancha, y yendose à casar le prende el Rey D. Garcia de Navarra. Sacale con esfuerzo varonil Doña Sancha de la prision, y le lleva à Castilla. Suceso extraño que les aconteció en el camino. Encuentran los Condes à sus Vassallos en el camino, que venian à Navarra à sacarle de la prision. Gozos, y fiestas que hicieron en el casamiento. Buelve el Conde otra vez à ser preso por el Rey de Leon. Discurre astuta, y prudente Doña Sancha como libertarle, y discurre una traza aguda, y chistosa, con que lo consigue. Varias, y muchas batallas que venció contra los Moros. Vence à Abderraman, que venia contra él con ochenta mil Moros. Pronostico que tuvo del Cielo como avia de vencer. Caso que le sucedió estando cazando. Otro caso espantoso que aconteció antes de dar la batalla. Edifica el Monasterio de San Pedro de Arlanza de Monges Benitos. Muere santamente el Conde Fernan-Gonzalez. Varias donaciones, y fundaciones de este Catholico Principe, y de su Christianissima esposa Doña Sancha.



VIA por las cercanías, y territorios de Burgos, varios, y grandes Condes, que cada uno en particular, siendo dueño de sus tierras, las gobernaba como Señor de ellas. Llegaron ellos à tener entre sí algunas desazones; pero ya unidos todos, consideraron cuerdo ser mas provechoso, y mejor

mirado el convertirlas contra los extraños, que ázia los propios: y así tuvieron varios encuentros contra los Reyes de Leon, y de Navarra. De estos reencuentros se originó el desazonarse, y cansarse ya del gobierno de los Reyes de Leon, à quienes estaban subordinados: pues por los años de 850. se hicieron un genero de Democracia, ò Gobierno Democrático;

y para establecerle con acierto, nombraron por Jueces à dos de los mas sobrefalientes en nobleza, prudencia, y sabiduría, que fueron *Nuño Rasura*, y *Lain Calvo*. De *Lain Calvo* viene, ò descendiendo aquel famoso, y memorable *Adalid el Cid Campeador*, *Rodrigo Diaz de Vivar*, de quien ya dimos tambien su Historia expurgada de mil embustes, que en las antiguas ofuscaban la verdad de las prendas que adornaron à este insigne Heroe: mas de *Nuño Rasura* traen su origen esclarecido los Condes siguientes: *Nuño Rasura*, Juez. Su hijo *Gonzalo Nuñez*, Juez. Su hijo *Fernan-Gonzalez*, Conde Soberano. Su hijo *Garcí Fernandez*, Conde Soberano. Su hijo *Sancho Garcia*, Conde Soberano. Su hijo *Garcia*, que fue muerto en Leon.

El docto Historiador *Berganza* dize, que nuestro *Fernan-Gonzalez*, por parte de su padre *Gonzalo Nuñez*, procedió de *Don Diego Porcelos*, abuelo que fué de éste; y por parte de madre descendió de *Munio Nuñez*, y de *Doña Argilo*, Condes de *Amaya*: familia tan ilustre, que el Rey *Don Alonso el Tercero* dispuso, que su hijo *Don Garcia*, heredero del Reyno, se casasse con Señora de esta familia. Ignorase el año en que nació nuestro *Fernan-Gonzalez*: pero podemos inferir, dice este Historiador, del casamiento de *Doña Sancha*, que nació pocos años despues que

fué poblada la Ciudad de *Burgos*, donde nació. Mas *Prieto*, en la segunda parte de la Historia de *Burgos*, dice, que fué Parroquiano de la Iglesia de *San Andrés*, y de la de nuestra Señora de *Vejarraua*, Iglesias no lexos donde tuvo su Palacio, y aora se conserva el arco triunfal, que à su nombre levantò la Ciudad de *Burgos*. Criabase con sus padres, demostrando en su juventud grandes brios, y arvanques de lo que despues avia de ser; y assi, hallandose joven, aconteció el echar mano de èl los *Burgaleses* para aquella batalla de *San Quirce* contra los *Moros*. Tenianlos à la puerta de *Burgos*; y viendose afligidos por verse desprevenidos de armas, el joven arrogante juntò à sus amigos, y otros, que fueron en todos hasta seiscientos; y haciendo de Capitan brioso mancebo, acometiò à los *Moros* con tal valor, y buena disposicion, que hizo en ellos un destrozo grandísimo, en que quedaron los mas de ellos muertos, y de los nuestros solo veinte y cinco.

Esta es la juventud, y esta fué la rama ilustre del objeto de nuestro historico asunto: y siendo ya razon, que empechemos à dar relacion de las grandes hazañas de nuestro esclarecido Conde *Fernan-Gonzalez*, comencemos por aquella gran batalla, que ligado con el Rey *Don Ramiro el Segundo*, diò à los *Moros* quando venian contra *Simancas*. Refiere el Historiador

dor Sampiro, como el Rey de Cordova Abderraman se conjurò, y vino contra la Villa de Simancas en Castilla la Vieja, muy proxima à la illustre Ciudad de Valladolid. No fuè solo este Barbaro el que hizo tiro entonces à los Christianos; porque vino asimismo ayudado de los Moros de Africa, componiendo tan numeroso Exercito, que su arrogancia le excitaba, y asseguraba aquella vez acabar con todos los Catholicos. Tan quantioso era el numero de la Morisma, que segun cuentan las Historias de los Moros, referidas por nuestros Españoles, Morales, Luis de Marmol, y el Padre Bleda, traía el Barbaro Mahometano cinquenta mil de à cavallo, y ciento cinquenta mil de à pie, todo con el sobervio, y arrogante intento de dar fin à toda la Christianidad. Venia juntamente con èl, adeniàs de los Moros de Africa, el Rey de Zaragoza Abèn-Aya, con que se componia una multitud, que donde llegaba era terror, y espanto à sus naturales.

Hallabase el Rey Don Ramiro el Segundo, como hemos dicho reynando en España, que por entonces se contaba el Siglo decimo, aviendola empezado à regir en el año de 931. Este, como tan buen Catholico, y Soldado, no se descuydò en prevenirse al ver venir tanto aparato militar contra èl, procurando defenderse de tan grande peligro como le amenazaba. Nuef-

tros Autores no nos dãn noticia de la determinada gente que tenia, ni los que le ayudaron: Solo Ambrosio de Morales dice, que unicamente salió con su gente, que no pudo ser mucha en comparacion del formidable Exercito que presentò el Moro; y verdaderamente, que esto no se hace muy creible, y que se juzga temeridad, que con Exercito tan desigual emprendièssè hacer frente al numeroso de la Morisma: y por esto dicen otros, como Luis de Pamplona, que iba con el Conde Fernan-Gonzalez; y el Obispo de Pamplona asegura, que todos los Principes Christianos se unieron entonces con el fin de ayudar à Don Ramiro, y pelear contra el enemigo de la Religion Catholica; y esto es mas creible: mas con todo se asegura, que fueron muy pocos los Christianos, respecto de los Moros.

Alcanzaron ya à verse los Exercitos; y citando frente à frente para acometer, poco antes de embestirse se vieron varias señales tristes, y funestas en el Cielo; porque lo primero que se vió fuè un grande Eclypse de Sol à las dos de la tarde el día 19. de Julio. Fuè èste tan extraño, y cerrado, que se mudò el día en muy espesas tinieblas, y alcanzaron à divisarse muchas de las Estrellas, indicio de la obscura noche que les esperaba à aquella perversa gente en tanta mortandad como alli se avia de ocasionar. De alli à poco que

pasó el Eclypse , y bolvió la luz del Sol , se dexò ver èsta amarilla , pareciendo al mismo tiempo en el Cielo una abertura como ventana , y assimismo à la parte del Mediodia se descubrieron Cometas de extraordinaria magnitud.

Todos timidos , y expavoridos , así Christianos como Moros , temian estas funestas señales , sin acertar à què atribuir tan horrendos espectaculos. Al fin , se diò la batalla , saliendo los nuestros animosos , y aunque pocos , al encuentro à tanta multitud de enemigos : fuè muy brava , y sangrienta , como de las mas señaladas , y reñidas de aquellos tiempos ; y en conclusion , alcanzaron la victoria los Catholicos , que como diremos , no se atribuyò sino à milagro. Murieron hasta ochenta mil Moros , segun afirman muchos Autores , y Sampiro lo expressa en su Hitoria. Tanta mortandad de Mahometanos se atribuyò à milagro : porque en algunas Historias , y Memorias antiguas de Castilla , se halla , que dos Angeles en dos cavallos blancos se dexaron ver pelear en la vanguardia , y ayudaron à la victoria , segun lo refiere el Obispo de Palencia , y el Padre Mariana. Fue preso el Rey Aben-Aya de Zaragoza , y llevado à Leon , que allí murió en una carcel : mas el Conde Fernan-Gonzalez , que se señaló qual no otro en esta batalla , prendió al Alfaqui Mayor de los Moros ; y Abder-

raman , Rey de Cordova , se escapò huyendo , pero muy mal herido. Algunos quieren decir , que el Conde Fernan-Gonzalez no se hallò en la batalla , aunque no dexò de hacer mucho en ella ; porque estos afirman , que quando se diò la batalla venia à ayudar al Rey ; mas que encontrando ya de huída à los enemigos , los acometiò , è hizo en ellos una grandísima mortandad , y entonces cogió preso à Alfaqui Mayor de los Moros , que era como Obispo entre ellos , el qual vino en poder del Conde quando se bolvia à su casa.

Ya por estos tiempos se miraba el Conde , y sus Castellanos nobles essentos de la subordinacion , y vassallage à los Reyes de Leon , cuya essencion la consiguió de esta manera. Despues de las muchas disensiones que hubo sobre el Señorío de Leon , y Asturias entre el Rey Don Sancho el Gordo , y Don Ordoño su primo , aviendose Don Sancho apoderado del Reyno , determinò , para su mejor gobierno , convocar Cortes en Leon. Embiò à citar al Conde Fernan-Gonzalez con recados muy corteses , y con Embaxador muy señalado , dandole los parabienes de sus muchas victorias , que acababa èl por sí de conseguir de los Moros. Tanta autoridad como esta tuvo el Conde de Castilla con sus Reyes de Leon , que aun para citarle à Cortes le embiava Embaxador

dos, y como pidiendole por merced se hallasse en ellas, lo que parece fué anuncio de que avia de ser Castilla la Corona de los Reyes, y primacia de España.

Con esta novedad, y Embaxada, se halló muy confuso el Conde, y bastante neutral, en si obedecería, ò no obedecería al Rey; porque se recelaba, y temía, como prudente (que es prudencia tambien mirar los riesgos) de si aquellos cumplidos, y corteses recados del Rey llevaban encubierta alguna otra intencion. Todos estos recelos eran bien mirados de parte del Conde; porque como avia sido de la faccion de Don Ordoño quando se apoderò del Reyno de Leon, que poseía Don Sancho, por tener con aquel casada una hija, se sospechaba quisiese aora vengarse èste con la presente ocasion. Estos recelos le obligaban à no obedecerle, dandole alguna causa honesta. Llamarle el Rey tan cortès, le forzaba à no escusarse. En lo uno hallaba riesgos, y en lo otro falta de atenciones. Mas despues de muchos discursos, quiso, que la cortesía venciese al peligro, y su animo al temor.

Acompañado, pues, de toda la Nobleza, y de todos sus Grandes, se partió para Leon el dia señalado. Salió el Rey à recibirle: honra de las mayores que recibió Vassallo. Hicieronse las Cortes, sin que huviesse en ellas cosa que defazonasse; y

concluidas se detuvo el Conde algunos dias con el Rey muy agastajado, y bien mirado de todos. Avia llevado Fernan-Gonzalez à las Cortes un famoso cavallo, hijo de Bethis, ganado en buena guerra del Rey Moro, y asimismo un Azor de grande estima. Aficiónose el Rey del cavallo, y del Azor, y aunque el Conde se lo presentaba bizarro, no quiso el Rey recibirlo, menos que comprados. Púsoles el Conde un precio subidísimo, y pidiole plazo el Rey para la paga con tal condicion, que de no pagar el dia señalado, se fuesse doblando el precio cada dia que passasse. Que fuesen veras, ò burlas (que pudo llevar de todo) ello pasó de esta manera, segun todas las Chronicas: lo cierto es, que no dice consonancia querersele presentar con ponerle despues tanto precio.

Corrieronle en este intervalo varios sucesos al Conde, y entre ellos el de caer en desgracia de la Reyna Doña Teresa, con el motivo de aver muerto Fernan-Gonzalez à su padre el Rey Don Sancho Abarca, de que ya hablaremos. Avia ya passado mucho tiempo despues de plazo hecho sobre el cavallo, y el Azor, y pasó el Conde à pedir al Rey que le pagasse aquella deuda. Como la dilacion avia sido grande, con la condicion que se puso en el trato, se avia multiplicado la cantidad à un precio subidísimo: conque-



hallandose el Rey imposibilitado, ni respondia à la demanda, ni à la paga. De aqui tomò el Conde pretexto, y ocasion para honestar sus razones, haciendo armas contra el Rey para la cobranza; y así entrando-se por sus tierras, se las empezó à talar.

Viendo el Rey Don Sancho, que el Conde le destruía sus Pueblos, y que sus animos arrogantes, y su valor eran grandes, como que tambien se exponia à que la lid passasse adelante, confuso, y aturdido tuvo à bien de embiar à sus Embaxadores, y Mayordomos, para que ajustassen la deuda, y la pagassen. Tomaron luego por obra la empresa, y puestos à la cuenta, vieron, que todas las rentas de toda la Corona no eran suficientes à la satisfaccion, porque ya las pagas se avian multiplicado con exceso. Con esta confianza se atrevió el Conde à pedir lo que tenia premeditado, porque veía, que aun con todo el Reyno no podia el Rey pagarle. Arbitraban medios los Embaxadores, y Mayordomos para el ajuste: mas por ultimo, se declaró el Conde Fernan-Gonzalez, y vino à abrazarse por mas util, y honroso, que en recompensa del debito, quedasse libre Castilla, sin reconocer vassallage alguno à los Reyes de Leon. Solo un Conde de Castilla, y un famoso Heroe, como Fernan-Gonzalez, pudo alcanzar tan illustre, y extraño

blason: y esto es lo que debemos los Castellanos todos à este insigne hombre, gloria de Burgos, cabeza de Castilla.

Así eximiò nuestro heroyco Castellano el vassallage à los Leoneses, y se liberto de concurrir siempre, y quando era llamado del Rey de Leon à sus Cortes, pues en una de ellas le aconteció uno de los fracasos mas funestos que se leen en las Historias, que à no ser por su amada Esposa Doña Sancha, huviera perecido en él. El lance pide referir de antemano algunas otras cosas, que hacen muy al caso para el suceso presente, y los demás.

Tenian los Navarros, cuyo Rey era Don Sancho Abarca, costumbre de hacer mal, y daño en las tierras de Castilla. Viendo el Conde Fernan-Gonzalez, que los desafueros passaban adelante, les embió Emisfarios, amonestandoles, que se reportassen en sus sinrazones: mas ellos, en vez de contenerse, passaron à maltratarles de palabra con muchas amenazas. El Conde, que no sufría insolencias, ni demasias, juntò su gente; y haciendo con ella entrada, rompiò por las tierras del Navarro, talóselas, y le cogió grandes preséas. Acudiò el enemigo à la defensa: llegaronse à encontrar, y juntandose las fuerzas, y las gentes de ambas partes cerca de un Lugar, llamado Golanda, se dieron la batalla de poder à poder, en que pere-

cieron muchos de los unos, y de los otros, sin declararse la victoria por grande espacio. Finalmente, en lo mas recio de la pelèa, los Generales se desafiaron, y empezaron à combatir entre si. Encontraronse con las lanzas: los golpes fueron tan grandes, que ambos cayeron en tierra, el Rey con una mortal herida, y el Conde, aunque gravemente herido, pero sin peligro de la vida. Animaronse con esto los Soldados de Castilla; y con tal denuedo cargaron sobre los enemigos, que en breve quedò por ellos el campo. Sobrevino à la fazon el Conde de Tolosa con sus gentes en socorro de los Navarros. Recogió à los que huían; y bueltos à la pelèa, tornóse à encender con sumo vigor la batalla. Sucedió lo mismo que antes, porque los Condes se encontraron entre si, y peleando de persona à persona, cayò de un bote de lanza en aquel combate muerto el de Tolosa, con que los Navarros quedaron del todo punto vencidos, y puestos en huida. Los cuerpos del Rey, y del Conde, con licencia del vencedor, fueron llevados à sus tierras, y honradamente sepultados.

Dexò dos hijas el Rey de Navarra Don Sancho Abarca; la una llamada Doña Teresa, y la otra Doña Sancha; aquella casò con el Rey de Leon, y ésta con el Conde Fernan-Gonzalez, viudo de Doña Urraca, segun sienten algunos, de quien

tuvo à Urraca, que casò con Ordoño III. de Leon, Doña Teresa aborrecia por estremo al Conde desde que éste matò à su padre. Por este motivo le armò Doña Teresa muchos lazos para quitarle la vida: los mas principales fueron dos, que referirè, los quales desató la noble, y astuta Doña Sancha, librandole de los grandes peligros que por ellos le amenazaban.

Fuè el caso, que Doña Teresa, Reyna de Leon, y ya viuda, tenia muy à la vista la muerte de su padre, muy presente el agravio, y muy à los ojos la afrenta. Era de animo cruel, y vengativo, que procuraba hallar modo con que despigar sus rabias. Parecióle buena ocasion aver quedado el Conde viudo de Doña Urraca, su primera muger, para con el color\* de ofrecerle à Doña Sancha en casamiento, poder prenderle, y matarle. Estaba la Infanta Doña Sancha en Navarra en poder del Rey su hermano Don Garcia. Supo los conciertos, aunque no entendió la zalagarda que se urdía en ellos. Era entendida, y viò que la estaba bien el casamiento, pues fuera del Rey, no avia mayor Señor que el Conde Fernan-Gonzalez. Su fama, sus hazañas, y sus hechos le hacian en aquella èra el mas cèlebre del mundo. Lo galàn de su persona, lo afable de su condicion eran partes que arrastraban comunmente los afectos. El Conde tambien no se daba por menos

interesado en casar con Doña Sancha, no solo por sus altas prendas, sino por la dote de gracias con que la adornó naturaleza. En fin, los que avian de hacer el matrimonio se hallaban gustosos, y prendados, pero los concertadores miraban à diversos fines; pues todo el intento iba enderezado à la venganza. El Rey Don Sancho de Leon, y la Reyna Doña Teresa, su madre, caminaban à lo secreto; pues con agena mano buscaban el castigo. El Navarro era fuerza facar la cara à la traycion, manifestando las tramas de su engaño en una fé rompida. Estaba el casamiento à todos à quento para olvidar rencores, para fosegar motines, y para hacer amiltades, que ni el Conde sospechò el engaño, ni nadie advirtió la maldad: mas quièn prevendrá trayciones, y mas de personas grandes?

Hechos, pues, los asientos, y ajustada la materia, se partiò el Conde para Navarra à cumplir el trato en el lugar que dexaron aplazado, para celebrar las bodas, y para hacerle la entrega de su esposa. Llevò acompañamiento lucido, pero todos sin armas, que era una de las condiciones, por evitar alborotos; pues entre gentes de diversas Provincias, y mas tan opuestas, como Castellanos, y Navarros, suelen suceder de ordinario. Este fuè el color, pero no fuè este el fin, segun lo que sucedió, porque apenas el Con-

de, bien ageno de sospechas, llegó al lugar señalado de las bodas, quando en vez de hallar fiestas prevenidas, hallò prevenidas armas: en vez de faraos, hallò estrepitos marciales: en vez de gustos, prisiones, y en vez de tálamos, una obscura carcel. Hizo prenderle el Rey, faltando à la fé, à la lealtad, y à la razon. Obra fuè de cuñado, aunque mala obra.

La Infanta Doña Sancha, que como queda advertido, no tenia parte en la traycion, se vino à hallar como novia de Comedia, que solo dura mientras se representa. Hallòse corrida, y conociò, que su boda, no avia sido mas que una mascara con que encubrir el engaño. Como era avifada començò à discurrir en la materia, diciendo: *Cómo, que me echen à mi por capa para vengar passiones? Qué me ofrezcan por muger de quien intentan matar? Qué hagan à mi hermosura cebo dulce para atraer al lazo à quien se me diò por dueño? Qué venga yo à ser causa de que se venga el Conde à manos de sus contrarios, y que pierda la vida en que tengo mi mitad? Por quièn me tendrán à mi los que supieren el caso? En qué opinion quedará Doña Sancha de Navarra? Si el Conde matò à mi padre, fuè riñendo como honrado, no con traycion le matò: y así, el despique busquele mi hermano el Rey lanza à lanza, y cuerpo à cuerpo, no con falsedad, y engaño; y si acaso no se atreve menos que con estas trazas, no me meta à mi en la alevosia, ni haga à mi*

*casamiento capa de su ruindad. El Conde es ya mi marido, que aun sin vernos, mediante las voluntades, se han desposado las almas: y así, mas obligacion vengo à tener al Conde que à mi hermano: aunque se atreviesse un mundo entero es un marido antes; y pues me le dieron tal, procuraré defenderle à costa de mi vida.*

Con estas, y otras semejantes razones sentia Doña Sancha à sus solas las burlas de su hermano, la prision del Conde, y el credito suyo, y procuraba modos para una grande hazaña. Era animosa mucho, hallabase enamorada, y veíase resuelta: què no venceria? Tal fue su maña, su astucia, y tal su animo, que previniendo llaves, engañando guardas, y assegurando caminos, sacò al Conde de la carcel, haciendo lado, no solo de muger, sino de valiente, que en todo era estremada. Dispuso-lo de tal manera, que astuta se fue à la prision, donde tenian cerrado, y muy amarrado con grillos, y con cadenas al Conde; y sin que nadie la viesse, sino otros dos que iban para su resguardo, observando los movimientos, y resguardos, entrò en la carcel, quitò con maña los grillos al Conde, desatóle las cadenas; y cogiendo con èl, porque el lastimoso Conde estaba oprimido, y entunecido con las muchas, y pesadas prisiones, se marchò sin compañía alguna à Castilla, dexando burlados los designios del Navarro su hermano, y los de Doña Teresa su

hermana, que luego que lo supo ardía en furor, y rabia por la burla. El Rey de Navarra Don Garcia comenzò à percibirse para la guerra, que era fuerza que le diese, y presentasse luego el Conde. Doña Teresa, en Leon, permaneciendo en su rabia, y venganza, urdía tramas nuevas para haber segunda vez à las manos al Conde, y vengar sus iras.

Como quien escapaba huyendo por tierras de su enemigo, caminaban à toda prisa Doña Sancha, y el Conde: cansabase este mucho, porque salia brumado de sus prisiones, pero como llevaba la prenda de sus cariños, y à quien tanto debia, al lado, no sentia el cansancio, sirviendole de alivio para olvidar esta pena, y las otras, que avia padecido. En fin, por torcidas sendas, por caminos menos usados salieron de Navarra; pero antes de salir de estos Estados les aconteció un caso, en que se vieron con fumo aprieto, porque encontraron gente que les conociò, y podia descubrirles, y entonces no averles valido todas sus trazas: pero la astucia de la Infanta Doña Sancha desvaneciò el peligro valerosa, que por ser digna de contarse, fue de esta manera.

Quando Doña Sancha librò al Conde de la fortaleza, carcel de Castroviejo, que así se llamaba la prision donde estuvo, salieron à la media noche, para que nadie los viesse: Salia el Conde

tan lastimado, que apenas podía moverse: iban à pie, todos buenos ligamentos en caso de tanta prisa. La Infanta, como era varonil, no desmayó por esto; antes animando el brio, y mas como enamorada, le iba llevando à cuestas muchos ratos, siendo la primera Eneas, que con un marido al ombro, borrò piedades de Aquiles. Què mucho, que el Troyano saque à su padre acuestas de entre las llamas, si ay Condesa de Castilla que saca al marido en ombros de entre riesgos? Cogiòles pues el dia, y considerando el peligro si alguno los hallaba, emboscaronse en un monte, para desde alli escondidos procurar algun socorro. Mas como à los desdichados jamás la fortuna los favorece, ni alivia, antes les tira la soga, armóles entre aquella maleza un fuerte lazo.

Andaba cazando por el monte un Licenciado; y viniendo acaso por aquella parte, donde descubrió caza mejor que la que con fatigas le arrastraba el deseo, acercòse à los consortes, que agenos del fracaso, estaban entretenidos con sus coloquios, repassando sus cuitas anteriores. Como conociò, que eran el Conde Fernan-Gonzalez, y la Infanta Doña Sancha, conjeturando el suceso, comenzò à malearse, y desabrirse. El Conde, entonces cortès, y comedido, Doña Sancha amorosa, y lastimada, le rogaron con instancia, que no los descubriese,

ofreciendole para otto tiempo la paga de aquel favor. Pero el Licenciado brindado de la ocasion de ver al Conde tan impedido, y sin armas, y à la Infanta tan hermosa, y que solo en su silencio estrivaban sus dos vidas, dexòse llevar de un pensamiento infame, y dixoles, que menos, que no disfrutasse à la Infanta, no dexaria de dar noticia, y hacer que los prendiesen. Descarada condicion para un marido honrado! Cruel atrevimiento para una Matrona honesta! *Bien parece Señor Licenciado, dixo el Conde, que me mirais hollado de la fortuna, y sujeto à vuestra cortesia, pues por tan infames medios quereis, que compre la libertad. Quando fueran mil vidas las que yo tuviera, antes las echàra todas à la muerte, que diera consentimiento à lo que, aveis pedido. Idos en buen hora, y haced lo que os diesse gusto, que volver à la prision es el ultimo mal que puede sucedernos, y serà mas tolerable que permitir demasias.*

La Infanta, en cuyo ingenio afianzaba cosas grandes, considerando el peligro si los descubrian, quiso valerse de una astucia como suya. Pusòse pensativa un rato, y como que avia deliberado lo que estava mas à cuento, encogiendose de ombros, y dando mil suspiros, le dixo al Conde, que se retirasse à un lado, por si podia mejor à solas vencer al Licenciado, y desatar aquel imposible. Obedeciòla el Conde, bien satisfecho, que

que iba seguro su honor. Entonces la Infanta tomóle las manos al Arcipreste, además muy ordinario de muger enternecida, que quiere hacer algun ruego: él abrássado mas al tacto de la nieve, quiso encadenarla al pecho con los brazos; pero la Infanta con varoniles brios, le tuvo tan firme, y valerosas las manos, que por mas fuerzas que hacia para desafirse de ella, no pudo: por mas que peled en desatarse, asíale con tanta fortaleza la esforzada Princesa, que nada le valieron sus esfuerzos, y llamando entonces à toda prisà al Conde, acudió éste con prontitud, quien con el mismo cuchillo de monte que llevaba el Licenciado le quitò la vida: castigo merecido de su fea, y abominable culpa. Esto hecho, y dexando su cadaver bañado en sangre en el suelo, dispusieron el cavallo que traia, y montando en él el Conde à la Infanta, y-él à las ancas, echaron à caminar à toda prisà para Castilla; saliendo quanto antes de los terminos de Navarra.

Luego que se vieron en las possessions proprias, y tierras de su Condado, dieron muchas gracias al inmenso Dios, y à su Sacratissima Madre, como tan Catholicos, de que les huviesse libertado de tantos peligros, y tan infaultos. Iban caminando àzia su gran Corte de Burgos, y alcanzaron à ver una gran Tropa de gente, que ya llegaban no muy lexos de la raya de Navarra, resueltos à no bolverse sin su

Dueño el Conde para Castilla: ya venia con ellos multitud de Vassallos, tan alegres en compania de sus amables Señores, que el gozo, y alegria le explicaban todos tiernos por los ojos en copiosissimas lagrimas. Llegaron luego los de la Tropa, que leales, y enternecidos del gran regocijo que tuvieron ver ya à su deseado Condè sin peligro alguno, no cesaban de darle el parabien de su feliz dicha. Aumentòles con mas alborozo los placeres la vista de tan hermosa Señora como Doña Sancha; y luego que supieron del Conde la bizarrìa con que avia andado su animo valiente en tan apretados successos, se transmutaron en ternuras, y llantos, los placeres, y alegrías, no pudiendo explicar el gozo, y parabien de tener en sus tierras Princesa tan amable, à quien tanto debian, à no ser con la tierna retorica de las lagrimas. Llegaron, pues, à Burgos, y de improvisò celebraron las bodas, cuyas fiestas, y regocijos dispusieron luego aquellos nobles Vassallos de la manera que qualquiera puede considerar en tan especiales, y tiernas circunstancias.

No tardò mucho el Rey de Navarra en ser sabedor de la novedad, como el Conde, y su hermana avian faltado, y de la fuerete que le avian burlado, y luego dispuso, como consiguiente, no aguardar à que el Conde se apercibiera, y fuera à su casa à buscarle, sino que con la mayor presteza que pudo juntò su gen-

te, y quiso adelantarse fulminando amenazas muchas en despique de la burla de su hermana. Con estos buenos aceros llegó à las Fronteras de Castilla, donde ya el Conde no menos apercebido, y mas animoso, y estorzado del desaliento que le causaron las prisiones, salió à recibirle. Dieronse la batalla campo à campo, en que salió el Conde con la victoria, y el Rey Don Garcia de Navarra quedó vencido, y preso, que fue lo que sintió mas: que venir à manos del enemigo, cuñado, ya agraviado, son tres males juntos, y terribles todos. Nadie pretenda agraviar, que por los mismos filos permite muchas veces el Cielo el desagravio, y castigo. Don Garcia prendió al Conde yendo sobre el seguro de su fé, y à un bayben de la fortuna se vió prisionero del mismo que avia agraviado. Trece meses estuvo en la prision, y si no fuera por las lagrimas, y ruegos de su hermana Doña Sancha, pasara mas adelante. En fin, el Conde se dexó vencer, y puso en libertad à su cuñado, que cada uno en las ocasiones hace como quien es, y no ay victoria mayor que vencerse à sí mismo un ofendido. Don Garcia se partiò à Navarra, y Doña Sancha dió las gracias al Conde del favor hecho à su hermano, que aunque no se lo debia en correspondencia, puede mucho el derecho de la sangre en los peligros.

La Reyna Doña Teresa de

Leon, pesarosa de lo mal que se le avia logrado su intencion, por no averle sucedido como ella pensaba la zalagarda que armò al Conde en el casamiento de Doña Sancha su hermana, determinóse cruel à armarle nuevos lazos. Librenos Dios de una muger vengativa, y mas si es poderosa, porque hasta conseguir lo que desea, moverá el Infierno todo junto por alcanzarlo. Persuadiò, pues, à su hijo el Rey Don Sancho de Leon, à que sacasse la cara contra el Conde, y que vengasse la muerte de su abuelo, con hacerle siquiera morir en una carcel entre cadenas, y grillos, que suele ser una muerte prolongada, y mas penosa. Dióle la traza, con que sin derramar sangre alguna, ni costar ruidos, podia haberle à las manos facilmente, y esto era llamandole à las Corres del Reyno, à que à ley de Vassallo estaba obligado à acudir siempre que le llamasen, porque entonces aun no se avian ajustado las cuentas del Cavallo, y el Azor, por cuya causa resulto la esencion de Vassallage del Condado de Castilla à los Reynos de Leon.

Llamó, pues, al Conde à las nuevas Cortes; fue à ellas con poca voluntad, que escarmentado de la traycion pasada, lo juzgaba engaño todo. Como le temió vino à suceder; pero tuvo su gran fortuna en que su amada esposa Doña Sancha con sus astucias, y mañas nobles, y generosas, le libertò, como antes

tes del peligro; pues fue el lance aun mas mañoso, y chistoso que el antecedente, de que no dudo tendrá el Lector una grande complacencia, y gusto en que se le refiera, que fue de esta manera.

Dispusose el Conde, en medio de sus recelos, el ir à las Cortes à Leon: iba con la comitiva que acostumbrava. Al llegar à la Corte no le salió el Rey à recibir como solia; y al irle à besar la mano, le habló muy malas, y desabridas palabras, dixo-le muchos oprobios, diòle mucho en que sentir, que quien tiene buena gana de reñir, en poca ropa halla bien en que cortar, además, que donde avia tanta materia para desazones, como la muerte de su abuelo Don Sancho Abarca, la prision de Don Garcia, su tio, y el averse traído à Castilla à Doña Sancha à hurto del hermano, eran cosas, que con poco color eran demasias. En fin, le hizo poner en prision, y à buen recado, causando harta turbacion en los animos nobles, que su sangre no les permite sentir bien de acciones dobladas, falsas, traydoras, y poco condecorosas. Solo la Reyna Doña Teresa, viendo cumplido su deseo, no podia contener su alegria. O infame rencor, y venganza, y à lo que arrastra una ira, que ha de borrar los generosos caractères de la nobleza!

La Condesa Doña Sancha supo luego lo que passaba: tuvo el sentimiento que puede presumirse de una muger que sabe sentir,

y amar: que no todas las que aman lo saben sentir. Como era tan prudente, entendida, y astuta, no quiso reducir à tropelia sus sentimientos, ni hacer alarides de guerra, que en vez de curar enconassen mas las llagas: valiòse de un donayre chistoso para salir sin ruido de la empreña, como salió. Considerò prudente, que aunque sus Vassallos eran muchos, y leales todos afuer de Castellanos nobles, se hallaban sin cabeza: que las fuerzas del Rey de Leon eran mayores; y que así, en tales casos era cordura usar antes de la maña que de la fuerza. Rebolvió, pues, consigo muchas trazas, buscò todos los ardidés, è inclinòse al mas sutil, y menos peligroso, que fue así.

Fingió querer ir à Romería à Santiago de Galicia, porque la prision del Conde tuviesse buen éxito, y suceso. Vistiòse de Peregrina, quedando lo mas en la belleza; que à la que es hermosa hasta humildades de trage suelen parecer galas, y asseos. Partióse, pues, de Burgos con la compañía decente à una Condesa de Castilla: y como el camino recto era por Leon, donde tenian preso al Conde, que el norte de sus passos, enderezó allà la proa, pidiendo el salvo conducto que era costumbre. El Rey, quando lo supo, admirado de la novedad, quanto pagado de la fineza, salióla à recibir como à tan gran Señora, y tia suya. Hospedóla en su Palacio, que no por-

que



que aya defazones entre deudos se ha de saltar à la cortesía, y mas con las mugeres. Tuvieron su conversacion algo prolongada, en que Doña Sancha, como tan astuta, se mostrò antes pesadosa que agraviada; dabase por infeliz, sin darse por quexosa: iba à rogar, y así procuraba hacer la razon del poderoso; que andarle con rëplicas fuera defazonarle, y echar à perder el ruego. Pidiòle al Rey su sobrino de sobremesa con instancias muchas, con lagrimas no pocas, la dexasse visitar à su marido siquiera por consolarle en su prision, ò por hablarle por lo menos. La petition era tan justa, el ruego tan honesto, que no hallò escusa el Rey para negarlo. Diòla licencia para estarse con èl toda aquella noche, que era lo que la Condesa deseaba, no para otro fin, que para el de lograr lo honrado de su intento.

No ay para què referir los jùbilos, y alegrías con que los caros consortes celebraron festiva aquella noche, y mas quando supo el Conde lo que llevaba la Condesa tramado. *Ea, hijo, le dixo Doña Sancha, aqui no ay otro remedjo que vestírte tú mis vestidos, y yo los tuyos, y así salir à la hora que yo te dirè à tal parte, ò patio de Palacio, donde ya estan alli dos valientes, y esforzados Vasallos nuestros con tres cavallos arrogantes, y marchar à tal parte, donde ya tengo prevenida gente valerosa, y bastante en una emboscada para que marchen contigo à Castilla, que yo*

*en la prision me quedarè haciendo tus veces con tu trage, y vestido; y mis mañas honradas sabrán lo que han de hacer para salir libre de ella.*

Un poco antes que empezasse amanecer comenzò la Condesa à vestir al Conde con sus ropas: hallabase èste sin las prisiones de los grillos, y cadenas, que para hacer el Rey el favor cumplido, mandò à los carceleros se las quitasen aquella noche. Vestido el Conde con los vestidos de la Condesa, y èsta con los del Conde, empezò à rayar, aunque poco, la luz; y entre aquellos crepusculos, en que no muy bien se conocen los sugetos, salió el Conde de la carcel vestido de muger, y disimulando bien el que era ella, sin que Guardas, ni Portereros hiciesen reparo alguno. Salía la Condesa à su lado, y al llegar à los Porteros, como por falta de luz no podian conocer quien hablaba, la misma Condesa dixo en su alta voz, que por no perder la jornada, y por libertarse de los calores se iba à aquella hora. Con esta industria engañò à los Ministros, y desde la puerta de la carcel se bolvió ella à la prision, y el Conde se fué solo donde le havia señalado la Condesa, encontrando alli los dos Vasallos con los tres cavallos. Los Ministros como vieron, que la Condesa, disfrazada en trage del Conde, se fué derecha à su prision, ellos cerraron la puerta de la carcel, y se retiraron à su reposo. Con semejante astucia el mas despierto Ministro

se engañaria, y el mas avifado no diera en tal artificio, pues hasta alli no se ha oido en las Historias Humanas, ni Divinas.

Aviendo llegado el Conde al zaguan, ò patio que la Condesa le avia señalado, encontró un cavallo con dos valientes Cavalleros muy bien apercebidos. Subió pronto en su cavallo; y montando afsimifimo los dos à toda prisa con el secreto que les fué possible, caminaron al monte de Somoza, donde hallaron quinientos Cavalleros muy bien armados, que avia dexado en celada la Condesa. Quedaron admirados quando vieron al Conde, y supieron la traza con que avia escapado, que la Condesa à nadie, como tan prudente, avia revelado su designio, por fer cuerda hasta en esto, que en casos semejantes aun al mas amigo no es seguro descubrir el corazon; porque quantos quebrantaron la amistad por la golosina del interès? Quantos por acomodarfe vendieron à sus amigos? En casos arduos observar la sentencia de aquel Capitan valiente, que decia, que si su camisa supiera lo que tenia dentro del pecho, la quemára. Finalmente, alborozados con el repentino placer, besaron la mano al Conde, y caminaron juntos à Castilla à prevenir armas, y gente para bolver à Leon por la Condesa. No fué menester, porque sucedió mejor que se pensaba.

Venido que hubo el dia, entraron à visitar al Conde algunos

de aquellos que suelen comer à costa del preso, y se nombran camaradas, siendo un grado menos que Corcheres. Entrarian, claro está à darle el parabien de la buena noche. Llevaria cada uno prevenida su chanza, con que tener un rato de passatiempo. El Alcayde llevaria quizá los grillos, ò à lo menos el martillo para bolver à echarselos; que en aquella edad aun con las Personas Reales no se trataba de prision menos que con grillos, y cadena. Como hallaron, pues, à otro Conde nuevo, mas muchacho, y mas hermoso, que le representaba Doña Sancha con mil gracias, se quedaron atonitos, y pasmados, sin saber que hablarle. La Condesa con lindo despego les quitò el pasmo, y la turbacion, diciendoles: *Que no se maravillassen de aquella mudanza, quando en lugar del preso se quedaba ella alli por prenda; que le avisassen al Rey de la aprisionada que tenia en su carcel, para que si en aquello avia avido culpa, la decretasse la pena.*

Fueron con el recado al Rey, y al oír lo que passaba se conmovió en enojo lo bastante, haciendo muchos sentimientos. Pero como la razon sujeta à la ira, y el buen discurso atropella la passion, amaynados ya los primeros movimientos, fué el mismo Rey à la carcel à visitar à la Condesa. Hizola cargos del engaño, quedandosele mucho, y ella satisfizo con donayre, diciendo: *Tu, Señor, i fuer de muger honrada, he hecho lo que debia, librando à mi*

*marido de la prision: cosa, que si la mirais desapasionado, antes es digna de premio, que de castigo: mas si lo juzgats delito, en vuestro poder estoy, haced lo que mandareis, que à todo me baltareis dispuesta.* Quedò el Rey gustosísimo de oír tales razones, dichas con tanta gracia, gallardía, y valor; y así, depouiendo ya el enojo, la aplaudió el hecho, y la alabó la hazaña, atribuyendose à sí la culpa de averse dexado engañar. Llevóla à Palacio, donde la regalò mucho, y luego con muy lucido acompañamiento la mandò llevar al Conde, que en recompensa de esta urbanidad, y cortesía, olvidó la venganza como noble, y Christiano, de su prision, y al mismo tiempo, como bizarro, y generoso, repartió grandes joyas à todos los cavalleros que vinieron ocompañando à la Condesa.

Por ultimo, concluyamos esta grande Historia, que si huviera de estenderme en las hazañas, y sucessos de este famoso Conde Don Fernan-Gonzalez, se ocuparia un grande volumen en sus hechos, y proezas; porque fueron diferentes las batallas, que dió à los Moros, en que le acontecieron sucessos tales, que tienen mucho que referir, y contar. Ganó con sus armas Lugares, y Ciudades muchas. Ayudó al Rey Don Ramiro en la gran batalla que ya hemos referido contra Abderraman, Rey de Cordova, en que hizo grandes proezas; y de esta batalla resultò, que aviendo el Moro quedado con grande

ojeriza con Fernan-Gonzalez, le dió el por sí solo al Barbaro otra gran batalla, viniendo en su ayuda el Rey Don Ordoño III. hijo de Don Ramiro, que ya era muerto. Fue esta batalla una de las mas insignes, y maravillosas, que tuvo el Conde, entre las muchas que dió. Vino contra el Rey de Cordova Abderraman con ochenta mil Moros, y todos los mas quedaron trofeos destrozos del invicto Capitan Fernan-Gonzalez.

Pocos dias antes que el Conde huviesse de salir contra este Rey à darle la insigne batalla, se fue à caza à unos montes cerca de la Villa de Covarrubias, que es del Arzobispado de Burgos, y estando en el mayor esfuerzo de la caza, le salió un Javalí, que por allí ay bastantes: se aprestò el Conde à seguirle, apartandose de la gente que le acompañaba. El Javalí echò à huír por unas grandes espesuras, subióse la fiera à un escabroso, y escarpado monte, y se entrò en una Ermita, que estaba cubierta de yedra, donde habitaba un Santo Ermitaño, llamado Pelayo, con otros dos compañeros, que se exercitaban en asperezas, ayunos, oracion, y penitencias. Siguióle hasta allí el Conde, trepando con gran trabajo aquellas breñas, y como el Javalí se entrò en la Ermita, tambien el Conde se entrò detrás de él. Avia en ella un Altar con la advocacion de San Pedro Apostol. Admirado de esto el Conde, y arrod-

dillado à la Imagen, hizo alli oracion: despues echó la vista à varias partes de la referida Ermita; persuadiendose, que alli avia quien la cuidasse, y habitasse, y luego vió salir por una puertecita un venerable anciano, que era el Ermitaño Pelayo, à cuyo respeto, y veneracion el Catholico Conde hizo un grande, y humilde acatamiento, reconociendole por varon de Dios. Saludóle como era debido, y se puso luego con él à comunicar varias cosas, à las quales satisfizo prontamente el Santo Ermitaño.

Quedò el Conde muy prendado de su Santidad, y como que se resistia à separarse de su compania; y así determinó passar con él toda aquella noche, y con sus Santos Compañeros aviendo la mayor parte ocupada en oracion, y lagrimas. A la mañana ya estando para partirse el Conde, se retirò el Santo Ermitaño Pelayo aparte con él, y le dixo: *Ya se en el confitito en que te hallas, y que es mucha la multitud de Moros que contrati vá viniendo: no temas, buen amigo, que de tu parte está nuestro Dios, con cuyo amparo, y patrocinio vencerás toda essa Morisma, enemigos de la verdadera Ley: fia en tan piadosissimo Señor, que no te desamparará, porque nunca dexa à los que le sirven, y le aman.* Dióle el venerable Ermitaño Pelayo de todos los suceßos que le avian de acontecer en la batalla que iba à dar à Abderraman, noticia, como, que tambien le avia de ven-

cer; y en señal de todo lo que le avia dicho, le anunció, como antes de la pelèa veria un caso extraño, aunque espantoso.

Bolvió à los suyos el Conde, que estaban con mucho cuydado, les refirió lo que le avia passado, à cuya noticia se alegraron, y animaron mucho. Marcharon luego à ordenar las cosas de la guerra; y llegado el dia en que se encontraron los dos Exercitos, estando yá para embestir, un Cavallero de los suyos, llamado Pedro Gonzalez de la Fuente de Fitero, dió de espuelas al Cavallero, y al punto se abrió la tierra, y le tragò. Admirados, y atemorizados sus Soldados de tan extraordinario caso, el Conde les animó, y les dixo, como aquella era la señal del vencimiento, que el Ermitaño Pelayo le avia dado. Con esto se dió señal de acometer, y luego al punto se declaró la victoria por los Christianos con grande pérdida, y destrozo de los Moros; pues quedaron en el campo infinidad de cuerpos muertos, y los demás huyeron muy mal heridos. Cogieron muchísimos despojos, y parte de ellos mandó el Conde, que se diessen à sus Santos Ermitaños. Señalaronse mucho en esta victoria Gonzalo Bustos, y sus siete hijos, llamados comunmente, *Infantes de Lara*, de quienes yá hicimos Historia aparte, que es muy extraña, y divertida. Señalaronse tambien en esta batalla otros muchos Cavalleros, que hicieron proezas maravillosas.

Con el tiempo, despues el Conde edificó un magnifico Monasterio de Monges Benedictinos à la ribera del rio Arlanza, proximo à la Ermita donde el Conde encontró à Pelayo, y sus compañeros, con la advocación de San Pedro, que oy existe con grande observancia de la Regla del Gran Padre, y Patriarca de las Religiones todas San Benito, desde cuyo Monasterio se muestra la peña donde está la referida Ermita, que aun se conserva, y yo la he visto.

El Conde Fernan-Gonzalez, hallandose ya brumado de los años, y fatigado de las muchas batallas, que dió à los Moros, y cercano à su muerte, tratò como tan buen Christiano que era, disponerse para dar la cuenta al Supremo Juez. Hizo su Testamento, y dexó por heredero de los Estados de Castilla à su hijo Garcí-Fernandez. Once dias antes de morir, embió à llamar al Abad de San Pedro de Arlanza, para confesarse con él, y en sus manos entregó su espiritu al Criador con señales de que como triunfó de los visibles enemigos de Jesu-Christo, triunfó tambien de los invisibles. Los Anales Complutenses dicen, que murió en el mes de Junio, sin determinar año. Mas los Anales de Santiago, y otras antiguas Historias

asseguran aver muerto el año de novecientos y setenta en su Palacio de Burgos con gran dolor de sus Castellanos, que le amaban con entrañable amor.

En su Monasterio de Arlanza se mandó sepultar con su amada esposa la Condesa Doña Sancha, donde le tienen los Monges en medio del crucero en un magnifico, y maravilloso sepulcro, como à su Patron, y Fundador. El Rey Don Fernando el Santo sacó de este sepulcro la espada del Conde al partir à la Conquista de Sevilla, en cuya Ciudad quedó, y se venera, llevandola el Asistente en la procesion el dia de San Clemente. Además de esta fundacion del Monasterio de San Pedro de Arlanza, hizo muchas donaciones quantiosas el Conde à otros Monasterios, especialmente à Santo Domingo de Silos, y muchas à San Pedro de Cardeña, todos del Orden de San Benito. A este dió muchas dotaciones, y concedió muchas regalías; pues casi se igualó à su grande bienhechor, el Cid Campeador Don Rodrigo Diaz de Vivar, de quien ya hicimos Historia, por ser de las especiales como hemos dicho, cuyas buenas obras, ay esperanzas está oy gozando, y disfrutando con su amabilisima esposa Doña Sancha en la Gloria,

F I N.